

UN PEQUEÑO RAYO DE SOL

Roberto, tomó un periódico de un revistero mientras esperaba ser atendido en la consulta médica del traumatólogo.

Había sentido molestias lumbares atribuibles a su trabajo como chofer de colectivo, por lo que decidió tomarse ese día libre y aprovecharlo en hacerse ver por un especialista en el tema.

Le costó mucho tomar la decisión. Lo venía postergando por varios días. Sonrió al recordar el motivo de por qué lo había esperado tanto. Ese motivo tenía rostro y nombre de mujer, Isabel.

La boca de Roberto, seguía sonriendo, al recordar la ocasión en la que vio por primera vez a Isabel. Fue un día como cualquiera en su rutina diaria de idas y venidas, desde un punto a otro de la ciudad. Rutina también, era que se alzarán manos, para hacerlo detener. Pero, en esa oportunidad, la voz que escuchó saludándolo y agradeciéndole, se diferenciaba de toda escena común. Su tono suave y cálido, le llamó la atención de inmediato. Tenía un dejo de tristeza o melancolía, no supo diferenciarlo en ese momento, pero igualmente, la hacía más especial aún. Luego, otro pasajero dijo algo gracioso y ella ríe, y esa risa, esa risa..., fue como un cántico fresco en sus oídos. Como agua pura en un caloroso día. Ahora, él, sonreía también, mientras recordaba, entornando los ojos en tanto que sus manos apretaban el periódico.

No obstante, el rostro de Roberto, se ensombreció de pronto, Porque, en ese momento, asaltaron su memoria, otros eventos. Recordó, algunos pasajes de su triste niñez, que fue solitaria desde que su madre se fuera de su casa. Nunca supo si realmente fue por su propia voluntad. Sólo creyó lo que su padre alcohólico, le dijo. Sólo sabía que se le había roto el corazón, al sentir que no tendría más la presencia de alguien a quien, a él, realmente lo amara.

Cuando llegó a su adolescencia, tuvo que optar por quedarse con su padre o ir a vivir con sus abuelos maternos al campo. Eligió lo último. Recordaba ese día puntual, en que, llevando sus escasas pertenencias, llegó a la casa campesina. Sus abuelos, lo recibieron felices. Se había

encariñado casi de inmediato con ellos. En cierto modo, fue como si hubiese reencontrado con el amor perdido con la desaparición de su madre, de la cual, nunca más, supieron.

Roberto, volvió a ceñir con fuerzas el periódico, al recordar, los momentos de felicidad con sus ancianos abuelos, los que no duraron mucho, al fallecer, ellos con una diferencia de días. Y, tuvo que partir nuevamente en busca de su destino.

En ese intertanto, su padre había fallecido, legándole la pequeña casa, en donde solamente quedaban recuerdos los momentos más felices y tristes de su niñez.

Roberto, en ese momento, borrada ya su sonrisa, siguió pensando en esos años, en los que ya había cumplido su mayoría de edad. A duras penas, había cursado sus estudios en una escuela rural y no teniendo donde dirigir su vida, optó por realizar el servicio militar voluntario.

Nuevamente, Roberto, sintió en su pecho, un doloroso latido. Porque, su experiencia como conscripto, no fue placentera. Además, que también, en ese periodo de su vida, hubo una mujer que le había terminado de romper su corazón, varias veces remendado ya. Por lo que se había propuesto cerrarse definitivamente, para no recibir más heridas en su atribulado existir.

Sin embargo, ahora, una esperanza nueva llegaba a su vida, llamada Isabel. Un pequeño sol. Un diminuto rayito, que prometía alumbrar nuevamente su existencia.

La cabeza de Roberto, volvió a recordar. Su rostro se iluminó nuevamente y centró su pensamiento en ese maravilloso día. Volvió a sentir el mismo punzazo que lo hirió, en ese entonces, al pensar que sería muy difícil volverla a encontrar. Nunca la había visto antes y tal vez, nunca más la vería nuevamente.

Pero, cuan equivocado estuvo, Roberto. Sus ojos iluminados se entornaron, al recordar que la tarde siguiente, ahí estaba alzando su mano. Para él fue una tan agradable sorpresa que su corazón dio un vuelco. No quiso ni siquiera mirarla cuando subió al vehículo y se sentó a su lado. Temió traicionarse. Ella tampoco dijo nada más que el saludo. Sin embargo, él se fijó que vestía un tipo de uniforme del que prendía una piocha identificadora. A través del retrovisor se las ingenió

para deletrear su nombre, I sa bel. Se sintió feliz y grabó ese nombre en su mente y corazón además de aquellos ojos claros y ese rostro de líneas perfectas.

Ese día, también supuso que no podría seguir repitiéndose el encuentro, pues sería demasiada coincidencia. No obstante, llámese casualidad o destino, pero la siguiente jornada ahí estaba, ella, nuevamente alzando su mano, que a él le pareció una blanca paloma en vuelo. Y fue ella, quien lo reconoció, saludándolo alegremente, lo que, para él, fue una revelación casi divina.

Roberto, seguía con el diario en la mano sonriendo para sus adentros.

Desde ese entonces, se había producido un cambio sustentable en el espíritu del hombre. Despertaba muy animoso y cada mañana subía a su colectivo feliz y optimista. Todo el día esperaba con ansias que llegara el crepúsculo para encontrarse con Isabel. Ya lo sentía como una cita premeditada. Se las arreglaba para tener, siempre, un cupo libre para cuando pasara por ese trayecto.

Y, así durante varias semanas se repitió la misma escena. De lejos la veía esperando con su mano alzada. Esas hermosas manos a las, que él, había mirado varias veces acuciosamente inquiriendo alguna señal de una argolla que le informara de su estado civil. Nunca vio ni la huella de un anillo.

Ya habían intercambiado varias palabras. Algunas frases completas también. Solamente, faltaba dar el último paso. Cada tarde, desde entonces, Roberto, se proponía declararle, a Isabel, ese gran amor que sentía por ella. Sin embargo, a último momento, desistía.

Ese amor que ya le estaba siendo doloroso. El que le hacía suspirar tan profundamente, que le dolía el alma. Sin embargo, aquel dolor, era placentero. Porque era como un suave bálsamo. Pero, era preciso dárselo a conocer al mundo, para que compartieran esa felicidad que lo embargaba, la que ahora la sentía por primera vez en su vida. Que no fuera un secreto. Sólo se lo había contado Alexander, un compañero de trabajo.

Pero, esta dolencia a su espalda, que lo vino a perturbar tan inesperadamente, ya se había convertido en un verdadero problema que lo obligó a retirarse más temprano del trabajo el día anterior y quedarse en cama durante esta mañana olvidándose del mundo completamente, mientras llegaba la hora de ir a ver al traumatólogo. Pero, jamás, se olvidó de su amada Isabel.

Ahora, Roberto, en la sala de espera de la clínica, con el periódico en la mano, esperaba ser atendido pronto, para luego salir a dar alguna vuelta en su colectivo. Esto, solamente, para volver a ver a Isabel, ya que el día anterior no la había visto y sentía que moriría si seguía sin verla.

Aun sostenía el diario en la mano cuando lo hicieron pasar a la consulta del médico. Estuvo allí por casi media hora. Fue examinado y le extendieron órdenes de exámenes y recetas de tratamientos medicamentosos. Al médico le llamó la atención el brillo de los ojos del paciente, por lo que le controló la temperatura. No tenía fiebre.

Al salir, Roberto de la consulta, el traumatólogo le entregó el periódico que había quedado olvidado en la camilla. Roberto, lo recibió en forma automática, lo dobló en cuatro y lo colocó en el bolsillo posterior de sus jeans. Se dirigió, entonces, al terminal de su línea de colectivos en donde había dejado su vehículo el día anterior, por no haber sido capaz de manejar hasta su casa.

Llegó al terminal, a duras penas. Algunos compañeros que ahí estaban, lo miraron y desviaron sus ojos al verlo. Roberto, pensó que le reprochaban presentarse a trabajar, estando enfermo. Se sentó, entonces. Al hacerlo, sintió el diario doblado en el bolsillo trasero de su jean. Lo sacó, se volvió a sentar, en el momento en que Alexander y otros colegas, se acercaban con una sombra en el rostro de cada uno. Él, mientras tanto, abrió mecánicamente, aquel diario, en la página central. Lo que vio allí le dio un seco y terrible golpe en el corazón. Desde la hoja de papel, un retrato de su querida Isabel, lo miraba sonriente. Sobre el retrato un titular a grandes letras "UNA VÍCTIMA FATAL EN CHOQUE DE COLECTIVOS". Miró la fecha del accidente. Era del día anterior...